Si algunos de estos conos están revestidos de una alfombra de espesura ó de pastos, otros se han conservado desnudos, y el interior de su cráter roto, rojo ó negro y escorificado, ofrece, como las rocas de sus corrientes de lava, un aspecto de frescura que sólo el fuego puede comunicar al cabo de incalculables siglos, y que manifiesta de un modo admirable la accion de ese elemento en su más terrible energía.

Un poco más léjos se encuentra el Puy de la Meye, cuyo ancho semi cráter, de seiscientos piés de profundidad, arrojó uno, ó tal vez dos de los más grandes torrentes de lava de los montes Dome.

Detrás de la Meye, y semejantes por su mole, altura y forma, elévanse los Puys de Las Solas y de la Vaca.

El aspecto de estas dos notables montañas prueba hasta la evidencia que la acumulacion de escorias que las formó tuvo lugar ántes de la emision de ninguna lava, y que esta sustancia, elevándose más tarde en hirvientes ondas en el interior de cada cono, llenó la cavidad, y rompiendo por su peso el lado más débil de la chimenea volcánica, inundó el terreno inmediato con un diluvio de fuego. En la parte más alta de la cavidad de lo que áun queda del enorme cráter del Puy de la Vaca, el punto donde la corriente se elevó está marcado por una saliente de materia ligera, escoriácea, de color amarillo rojizo, y muy rica en hierro *especular;* una parte de la espuma que debió flotar en la superficie de la lava en ebullicion, ha quedado adherida y petrificada en las paredes del pozo, desde el momento en que este reventó.

Una masa de basalto encajona todavía la parte inferior de la boca ignívome: es el punto de partida de una enorme corriente de materias en fusion, que aumentada por las de Las Solas y del Puy de Vichatel, siguió su curso hácia el sudeste, y colmando el lecho de dos riachuelos muy cerca de su confluencia dió nacimiento á la pequeña cuenca del Caissiere y á la pintoresca extension líquida de Aydat. Desde este punto un torrente de lava, despues de atravesar un estrecho desfiladero granítico, y habiéndose extendido á medida que el valle se ensanchaba, no se detuvo hasta el lugar donde hoy está situado Tallende. La distancia recorrida por la lava fué de unos diez y nueve kilómetros, con una pendiente de poco ménos de setecientos metros. Parece que en la época de la erupcion existia un pantano cerca del sitio ocupado ahora por el burgo de San Saturnino. Debajo del lecho de basalto, á unos cuarenta piés de profundidad, hállase una capa de arcilla que contiene en abundancia restos vegetales reducidos á carbono por el intenso calor de la lava que los cubrió

VII

Desde la encrucijada que se forma por el encuentro del camino de Raudanne con el de Burdeos se puede ir en poco tiempo al lago Aydat, para contemplar de cerca esta magnífica sábana líquida, que desde las alturas de Puy de Dome parece una inmensa lámina de cristal azul ajustada en un marco de malaquita.

Este lago, quizás el más grande de todos los que se hallan en la region montañosa de la

Francia central, no se ha formado, como la mayor parte de los de Mont-Dore, por la explosion de la corteza terrestre, sino por un simple dique natural. El sabio Mr. de Montlosier, despues de demostrar que el fondo del lago habia sido un valle espacioso, largo tiempo bañado y fertilizado por el arroyo que pasa cerca del pueblo de Aydat, dice lo siguiente:

«Cuando los volcanes estallaron, inundando el suelo con sus lavas, una corriente, siguiendo el declive del terreno, atravesó el valle de Aydat, interceptando el curso del arroyo. El agua se detuvo; el nivel subió, pero la lava seguia corriendo aún, y algunas ondas de materia abrasada luchaban todavía victoriosas contra las aguas movibles, que se disipaban en vapor. La lava incandescente se detuvo al fin, el dique no aumentó en altura y el agua dejó de elevarse. Durante largo tiempo, sin duda, una viva ebullicion señaló en estos parajes uno de los grandes fenómenos de la naturaleza; pero los siglos han trascurrido, la lava se ha enfriado; el agua, penetrando en sus masas acumuladas, se ha deslizado en los intersticios, y cubierto al fin con numerosos vegetales esa espesa calzada, que al cabo de los siglos tal vez consiga aniquilar.»

Este lago, que segun la tradicion local era en otro tiempo el espacio donde se hallaba situada la magnífica posesion romana de Sidonia Apolinaria, merece un detenido estudio bajo el punto de vista geológico, y no puede ménos de seducir al viajero por sus pintorescos alrededores.

Despues de visitar el lago Aydat, lo que más interés puede ofrecer al *touriste* es el Mont-Dore y sus hermosas cascadas, entre las cuales se puede considerar como una de las más características la de Queureilh. No presenta á la vista el caudal de agua, ni el precipicio ni el cáos de rocas de la *Gran Cascada* que se ve desde el valle; carece del marco de montañas y bosques eternos que estrechan la catarata del Verniere; pero el contraste de su blanca espuma, que lava los prismas negros de una capa de basalto de más de veinte metros de espesor; la cornisa de este muro sombrío franjeado de musgo y coronado por las ginestas y los blancos troncos de las hayas; el fresco césped que la rodea, y los bosques de pinabetes que la circuyen como para protegerla, todos estos detalles, de una perfecta armonía, constituyen el conjunto más delicioso que imaginarse pueda.

El viajero que recorra estos sitios verá algunas veces, tal vez con asombro, sobre las aguas una especie de bola de aire, ó como una ampolla formada con agua de jabon, que parece rodar y correr; si se fija un poco reconocerá que bajo aquella cubierta gaseosa se oculta un sér viviente; cuando ha hecho algunas evoluciones, el globo de aire se eleva y revienta, y de él sale una avecilla tendiendo sus alas, de las cuales caen como perlas algunas gotitas de agua. El que haya leido en la historia natural los detalles sobre el mirlo acuático, *cinclus aquaticus*, se explicará al punto el fenómeno. Dícese que en Mont-Dore no escasean estas avecillas.

El Mont-Dore, la más alta de las montañas de la Francia central, no ha surgido, como el Cantal, del fondo de una cuenca lacustre, ni como el Puy de Dome en las orillas de un gran lago; elevóse del seno de una meseta de granito puro, léjos de todo depósito sedimentario, bajo la forma de un cono algo irregular y ligeramente deprimido, cuyas pendientes más ó

ménos rápidas se pierden gradualmente en la roca primitiva que la sirve de apoyo. Siendo la elevacion media de la meseta de mil metros, y el nivel absoluto del pico de Sancy de mil ochocientos ochenta y cuatro, resulta una cifra de ochocientos ochenta y cuatro para el espesor de la masa que constituye la porcion volcánica de la montaña. Esta mole, compuesta de capas sobrepuestas de escorias, conglomerados, piedras pómez y cenizas, cubiertas por corrientes de traquitas y basalto, ha sido perforada en algunos puntos, produciéndose varios desgarramientos, uno de los cuales, corriéndose de sur á norte, ha dado nacimiento al valle de los Baños.

La cima de la mole está coronada por siete ú ocho picos pedregosos que parecen otras tantas almenas desmanteladas; ninguno de ellos ha conservado vestigios de un cráter regular; pero cuando se da la vuelta á la cuenca superior del vallecito del Dordoña por las cimas del Cliergue, de Sancy y de la roca de Cuzeau, reconócese que se acaba de circunscribir la abertura que dió salida á las grandes formaciones del Mont-Dore.

El pico de Sancy está flanqueado por dos cimas cuyo nivel es muy poco inferior: á la izquierda es el pico de las Agujas, que erizado de puntos inaccesibles, inclínase como un fantasma sobre negros abismos; á la derecha el Puy Ferrand domina al mediodía toda la region de los lagos que se desarrolla hácia Cantal y al norte del pintoresco valle de Chandefour, de terrible aspecto en su orígen, en los flancos de los grandes montes, como cráter apénas enfriado, risueño como un idilio en su desembocadura alrededor del lago Chambon, cuya azulada superficie, rodeada de cimas volcánicas y de ruinas feudales, ha reflejado las últimas llamas producidas en los cráteres del Mont-Dore. La última irradiacion que el foco de esta montaña proyectó por la parte del este extendióse hasta cerca de Issoire, donde penetró en una especie de delta, mezclada, confundida, cubierta de depósitos lacustres de los períodos eoceno y mioceno, y tambien de los despojos animales de épocas evidentemente posteriores. Así ha constituido los declives brechiformes del Mont Perier, al que varias series de grutas, abiertas en tiempos desconocidos, y áun en parte habitadas, comunican el aspecto de un gigantesco buque petrificado. Para explicar la formacion y el acumulamiento de estas brechas, debe suponerse, como lo ha hecho Lyell, la repentina invasion de una enorme masa de cieno líquido, que se precipitaria en forma de cascadas desde los flancos de un volcan en conflagracion, en medio de torrentes de lava, de avalanchas de nieve y de rocas desprendidas.

Islandia, casi en nuestros dias, ha sido teatro de hechos análogos. En 1783, el invierno y los primeros dias de la primavera habian sido en aquella isla sumamente benignos: hácia fines de mayo vióse flotar una ligera niebla azulada alrededor de los helados flancos del Skapta-Jakul, jamás hollado por la planta del hombre; y un violento terremoto siguióse á esta aparicion. El ocho de junio, algunas nubes de negro humo, salidas de la parte norte del volcan, avanzaron en la direccion sur contra el viento, cubriendo de tinieblas y cenizas todo el distrito de Sida. Poco despues innumerables columnas de llamas brotaron del centro de los glaciares, y extendiéronse sobre la superficie; miéntras que el rio Skapta, uno de los más anchos de la isla, desaparecia por completo despues de inundar su valle bajo una mezcla fétida de agua y polvo volcánico.

Dos dias despues, una corriente de lava se deslizó por donde ántes se agitaban las ondas en el lecho de aquel rio, y aunque el canal no tenia ménos de doscientos metros de anchura por setenta de profundidad, el diluvio de fuego le colmó, rebosó de las orillas y diseminóse por la llanura inmediata como una gigantesca alfombra, formando una cordillera llena de materias ígneas; despues precipitóse en un lago cuyas aguas, evaporándose al contacto, se desvanecieron silbando por los aires.

Lo mismo ocurrió sin duda en la cuenca de los dos Couzes cuando una de las últimas convulsiones del Mont-Dore cubrió de cieno, escorias, cenizas y osamentas de grandes mamíferos los montes de Perrier y de Boulade.

VIII

Hácia el noroeste del pico de las Agujas, citado ántes, elévase la inmensa mole de Polignac, acumulacion monstruosa de las obras de la tierra y del hombre, pedestal de Titanes en el que durante setecientos años el feudalismo creyó haber fundado para toda una eternidad el ideal de su poderío, pero donde campea hoy, fria y desnuda en su austera realidad, la justa expiacion. Más allá de este primer círculo de ruinas, aglomeradas por la naturaleza siempre viviente y por la humanidad efímera, desarróllase en forma de anfiteatro una triple línea de montañas, cuyas cumbres colora el sol de diverso modo, de púrpura y azul las más, de tintes de ópalo y oro las otras.

Así en su conjunto como en cada uno de sus detalles, variados é infinitos, este lugar ofrece un aspecto grandioso y singularmente poético.

A corta distancia de la mole de Polignac, más allá del puente de Brive, y separándose de las orillas del Loira, hállase un camino directo para ir á Mezenc, nombre de una gran montaña de mil trescientos cincuenta y tres metros de elevacion. En una de sus alturas, la llamada de los Establos, fué donde mataron, acusándole de hechicero, al primer ayudante de Cassini, cuando se presentó con sus instrumentos de matemáticas para medir las inmediatas cumbres.

En las cercanías del pueblo de los Establos, una suave pendiente conduce á través de verdes praderas á la cumbre de un cerro triangular y pedregoso, que parece como la cubierta de un antiguo cráter: es el punto culminante del Mezenc.

El que arrostre la fatiga de emprender la ascension quedará recompensado; ni en las montañas del Cantal ni de Mont-Dore se alcanza más alto nivel; pero tampoco se disfruta de una perspectiva tan magnífica y extensa. Desde el sur al noroeste divísanse las crestas de los Cevennes, toda la cordillera volcánica de la alta Auvernia y las escarpadas ondulaciones de los granitos del Loira y del Forez; por el extremo norte las brumas grises que descienden del Jura sobre el valle del Ain; al mediodía los vapores de las llanuras de Provenza; y al oriente todas las nieves de los Alpes de Saboya y el Delfinado. ¡Hé aquí el panorama! pero ¿quién podria analizar y describir todo cuanto contiene?

Desde Auvernia al Delfinado la distancia es larga, y no poco enojosa de franquear, porque la vía férrea dista mucho de recorrer el trayecto directamente. La primera poblacion que puede

excitar el interés del viajero es Lyon, por su pintoresca posicion en las orillas de dos rios y sus recuerdos de otras épocas; pero si se quiere huir del ruido de una gran ciudad fabril, mejor será detenerse en Viena, que situada un poco más léjos, fué una ciudad floreciente ántes que el nombre de Lyon figurara en la historia. En esta localidad hay ruinas romanas, un obelisco, un templo y un teatro, que si bien deteriorados por la accion del tiempo, considéranse dignos de estudio. Siguiendo siempre la línea del rio pronto se llega á Valence, la tierra de los viñedos del Ródano, tan bien conocidos por el exquisito vino que producen. En esta ciudad murió Pio VI, como prisionero, habiendo salido del Vaticano por la voluntad de Napoleon, que precisamente hizo tambien sus estudios en Valence cuando sólo era un pobre subteniente de artillería.

La catedral, aunque pequeña, tiene un buen estilo arquitectónico, así como dos ó tres casas, entre las cuales se distingue la que llaman Casa de las Cabezas, que aunque muy deteriorada es todavía una hermosa reliquia de la arquitectura del siglo xv, perteneciente á un período más ilustrado en Francia que en Inglaterra, cuando el estilo gótico se modificó por la influencia del Renacimiento, resultando á veces de ambos un magnífico conjunto.

A unas siete millas al sur de la estacion de la línea que conduce de Valence á Grenoble, y entre las estribaciones de la montaña, hállase la bonita poblacion de Pont-Royans, aunque rara vez visitada, que fué en otra época la capital del Royanés, cuyos señores ocupaban una fortaleza, ahora ruinosa y no de fácil acceso, dedicándose probablemente al saqueo y al bandolerismo, como lo hacian otros muchos en aquellos buenos tiempos. La ciudad, si se la puede dar este nombre por tener 1,200 habitantes, está como oprimida en un estrecho barranco pedregoso y asentada casi en el borde de un desfiladero, el cual se cruza por un puente. Nuestro grabado podrá dar idea del extraño y pintoresco conjunto de las antiguas casas, con varios pisos escalonados, y cuyas paredes llegan hasta el fondo del torrente, que en sus declives presenta una abundante vegetacion. Tan estrecho es el desfiladero que antiguamente la única calle sólo tenia una línea de casas, construidas sobre el lecho del rio y frente á la escarpada roca. Más tarde se pudo agregar una segunda línea, lo cual no contribuiria seguramente á la salubridad del sitio, levantándose además otras casas aisladas en los sitios donde habia suficiente espacio para ello. A principios del siglo pasado hubo mucho tráfico en esta ciudad por la fabricacion de paños; mas ahora han pasado sus tiempos prósperos y sólo se trabaja un poco en el tejido de sedas y en tornear madera, contándose muchos que se dedican á la pesca; esta última, como se puede ver por el grabado, no da mucho que hacer á los vecinos de algunas casas, ni exige grandes preparativos. Desde la ventana ó el balcon se tiende una cuerda en cuya extremidad va sujeta una pequeña red, la cual se sumerge en el agua, sacándola á intervalos para mirar si ha caido algun pez. Este procedimiento parece recrear mucho á los pilluelos de la localidad, que á veces permanecen horas enteras observándolo. Difícilmente podria imaginarse una manera más perezosa de pescar, que no deja por eso de ser provechosa y fácil, pues el pescado que no se consume véndese á tres pesetas la libra y se come en las fondas de otros puntos.

Desde Pont-Royans la vía férrea conduce al viajero á Grenoble, ciudad fortificada en las

orillas del Isere, que da la vuelta á la estribacion de una elevada montaña para reunirse con el Drac. Las líneas grises de las fortificaciones ascienden del modo más pintoresco por el escarpado flanco de la colina, dominando y protegiendo á la vez la ciudad, que ocupa un terreno bajo en la orilla opuesta.

Pocas ciudades de Francia están mejor situadas que Grenoble, sobre todo por los puntos de vista; desde las alturas se divisan las soberbias y nevadas cumbres de los Alpes delfineses, cuyas líneas contrastan con las pendientes redondeadas y escarpados precipicios de las cordilleras que se corren á cada lado del risueño Grasivaudau. Algunas millas más léjos, al llegar al Combe de Gavet, comienzan á verse ya los paisajes más característicos de los Alpes del Delfinado; por doquiera se ven montañas pedregosas, cuya falda está cubierta de altos pinos, no viéndose ya casi los nogales que tanto abundan en el valle del Drac.

Más allá de Burgo d'Oisans, principal pueblo del distrito, el valle comienza á estrecharse y el paisaje cambia de aspecto, presentando un conjunto que por su belleza no es inferior al de las grandes regiones alpinas. Algunos puntos, como el Ortler y la Vía Mala, pueden no llamar tanto la atencion, pero el conjunto es grandioso desde Burgo d'Oisans al Paso de Lauteret. Desde cualquiera altura se ve todo el magnífico desfiladero de Combe de Malaval; en sus dos lados hay profundos precipicios, bañados por el torrente; en ciertos sitios, enormes rocas de color oscuro parecen como suspendidas sobre el camino; y en otros, grandes moles obstruyen el valle, cual si quisieran cerrar el paso á las aguas, que se despeñan en su precipitada carrera, resolviéndose en ondas de blanca espuma; algunas rocas están coronadas de nieve, y de ellas surgen los torrentes de los glaciares, cuyas aguas bajan saltando para ir á reunirse con las del rio.

Cuando se sale del fondo de este desfiladero y se llega á los verdes pastos que rodean La Grave se siente como aliviado el corazon, aunque en frente se eleva el inaccesible Meije, con sus rocas cortadas á pico y sus glaciares. Esta montaña es tan escarpada que desde su cima hasta el lecho del torrente, en su base, una altura de 8,000 piés, forma como un gigantesco muro. Desde este punto hasta la cumbre del Col de Lauteret, el paisaje, aunque magnífico, parece casi pobre, comparado con el que se acaba de ver. Despues de cruzar esta region por el estrecho istmo que une la cordillera de los Alpes del Delfinado con la principal, se baja al valle del Durance, pasando por debajo de las fortificaciones de Brianzon.

El Vallouise conduce á los sitios más risueños del Delfinado, aunque la parte baja dista mucho de ser tan bella como muchos de los valles alpinos, si bien se distingue por su notable fertilidad.

Parece que los habitantes de esta region debieron defenderse en otro tiempo contra los expoliadores, á juzgar por una línea de fortificaciones que cruza en parte el valle. Estas obras defensivas se designan en el país con el nombre de *Murallas de los Vodenses*, y se dice que fueron construidas durante las persecuciones que sufrieron los habitantes, pero nada se sabe de cierto en cuanto á su verdadero orígen. Los campos de trigo y los pastos alfombran la falda de la montaña á gran altura; en los declives inferiores abundan los nogales y otros árboles que forman variados grupos.